

EL ALBA

Vol. 29 No. 5

Septiembre – Octubre 2014

Publicada bimestralmente por Dawn Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A
www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente su cambio de domicilio. Incluye la etiqueta de envío de su revista, e envíela juntamente con su nueva dirección.

Precio anual: US \$5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D 67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O. Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204, Nova Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP 26210-970
E-mail: estudantesdabiblia_aurorabrasil@hotmail.com

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42, 59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore
45, Avenue de Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199 Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington,
#34, Serpentine St., Richmond Town,
Bangalore 560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks HP5 3EB

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

El Día en que el Mundo
Termina 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Una Visión del Futuro 21
Restauración 24
Un Nuevo Futuro 27
Posibilidades Improbables 30
Regocójense De Todos Modos 33
Aun Así, Mi Redentor Vive 36
La Esperanza Se Queja 39
La Esperanza Satisface 42

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Organización de la Nueva
Creación - Parte VII 45

**The Dawn – Spanish Edition
Vol. 29 No. 5 – Sept/Oct 2014**

A menos que se indique lo contrario la traducción de la Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera edición de 1960.

Printed in USA

El Día en que el Mundo Termina

“Y estando él sentado en el monte de los Olivos los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?”

—Mateo 24:3—

ESTA expresión, “el fin del mundo”, es familiar para millones de personas, y en la mente de la mayoría tiene connotaciones aterradoras. Esto se debe al concepto habitual de este importante desarrollo del gran plan de Dios de las edades. La tradición de la Edad de las Tinieblas nos enseña que el fin del mundo profetizado en la Biblia significa la destrucción del planeta Tierra y que en el momento de su destrucción todos los cristianos vivos serán arrebatados al cielo en cuerpo y todos los no cristianos estarán condenados.

Naturalmente, con este concepto del fin del mundo, la mayoría de los cristianos no se preocupan en pensar en ello demasiado, y los no cristianos aún menos. Existe la creencia general—y bíblica también—de que el fin del mundo y la segunda venida de Cristo están de alguna manera relacionados. Sin embargo, no es posible

comprender el tema claramente tal como se enseña en las Escrituras y, al mismo tiempo, intentar mantener el concepto usual del fin del mundo. El estudiante sincero de la Biblia debe dejar de lado cualquier idea preconcebida para poder ver la perspectiva bíblica.

LA TIERRA PERMANECE

Según la Biblia, el planeta Tierra nunca será destruido. Salomón escribió: “Generación va y generación viene; mas la tierra siempre permanece” (Eccles. 1:4). El profeta Isaías explica que la razón de que la tierra permanezca para siempre es porque Dios la ha diseñado para ser habitada por el hombre, y que este diseño no era “en vano”. Citamos: “Así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová, y NO HAY OTRO.” —Isa. 45:18

Esta promesa del Señor nos recuerda del registro de la creación en Génesis, donde se nos informa de que Dios creó al hombre a su propia imagen, mandándole multiplicarse, llenar la tierra y sojuzgarla. En otras palabras, la Tierra iba a ser el hogar eterno del hombre (Gén. 1:27, 28). El registro nos dice que “Dios plantó un jardín al este del Edén” el cual proporcionaba “toda clase de árboles hermosos a la vista y buenos para comer.” En realidad, había todos los árboles necesarios para la vida, es decir, que proporcionarían todos los

nutrientes de la vida que el hombre necesitaría para seguir viviendo para siempre. —cap. 2:8, 9

Sin embargo, como explica el versículo 17, también estaba el “árbol del conocimiento del bien y del mal.” A Adán se le prohibió comer de este árbol, y el castigo de la desobediencia era la muerte. “En el día que comieres ciertamente morirás”; todos sabemos lo que ocurrió. Nuestros primeros padres transgredieron la ley divina, la pena de muerte cayó sobre ellos y se les expulsó de su hogar-jardín para que vivieran en la Tierra no sometida el resto de sus días y luego murieran.

El pecado de nuestros primeros padres y su condena a muerte no cambian el designio original de Dios de que la tierra debería ser el eterno hogar del hombre, en el cual pudieran vivir en la perfección durante las edades sin fin de la eternidad. Sólo significó que en el arreglo divino no era tiempo de realizarse en los días de Edén. En su plan Dios, de hecho, previó la caída del hombre en el pecado y la muerte, y proporcionó redención de lo que de lo contrario habría sido una tragedia. Esa redención fue a través de Jesús, “porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16

En este bien conocido y maravilloso texto la palabra “perecer” denota destrucción eterna. Mientras que nuestros primeros padres, y todos sus descendientes desde entonces, han dormido en la

muerte, y la raza humana sigue, por tanto, muriendo, esta no es una muerte eterna, sino que se describe en la Biblia como si fuera un sueño del que habrá un despertar. Este despertar vendrá porque Jesús entregó su humanidad mediante la muerte como sustituto de Adán y de su raza. Pablo escribió: “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” —Rom. 6:23

La oportunidad de conseguir la vida eterna vendrá a la humanidad después de haber sido despertados del sueño de la muerte. Por lo tanto, si podemos visualizar lo que habría ocurrido en la experiencia humana si nuestros primeros padres no hubiesen transgredido la ley de Dios, podemos darnos cuenta del gran designio que Dios tiene en reserva para la humanidad. Debido a la muerte de Jesús como Redentor del hombre, la intención y el propósito originales de Dios para el hombre todavía no se ha alcanzado.

RESTAURACIÓN

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento abundan en promesas y profecías que nos dan la seguridad de que es el plan de Dios para la humanidad restaurarla a la salud y a la vida en la tierra. Una de las más completas de estas se encuentra en el tercer capítulo del Libro de los Hechos, incluidos los dos primeros versículos del capítulo 4. Es un registro de un sermón predicado

por el Apóstol Pedro poco después de que Pedro y Juan hubieran sanado a un hombre cojo de nacimiento. Después de este milagro, Pedro explicó que después del regreso de Jesús vendrían “tiempos de la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:21), a lo que añade que estos tiempos de restauración se han hablado por boca de todos los santos profetas de Dios desde el principio del mundo.

Esto implica que si la tierra va a ser destruida como consecuencia del regreso de Jesús, los profetas de Dios que predijeron que habría tiempos de restauración no fueron profetas en absoluto, sino profetas mentirosos. Sin embargo, nos alegramos por las garantías de la Palabra de Dios de que la restauración es, de hecho, el designio final del creador para el mundo de la humanidad que yace en la enfermedad del pecado.

¿QUÉ LLEGA A SU FIN?

Una de las enseñanzas sobresalientes de la Biblia es que el mundo actual, al debido tiempo de Dios, llegará, en efecto, a su fin. Como hemos visto, sin embargo, esto no significa la destrucción de la tierra literal. Más bien, el presente estado malo de las cosas es el “mundo” que será destruido en lo que el profeta Daniel describe como “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo nación.” — Dan. 12:1

A veces las profecías relacionadas con el fin del mundo utilizan el fuego como símbolo de los poderes destructivos de este tiempo profético de angustia. También se utilizan otros símbolos, desde una perspectiva u otra, con el fin de ilustrar la forma en la que el actual estado del mal va a ser destruido. En el Nuevo Testamento la palabra “mundo” se utiliza con frecuencia para designar esto. La palabra “tierra” también se utiliza así, y es este uso el que llevó a muchos en el pasado a llegar a la conclusión de que era el planeta Tierra lo que iba a ser destruido. Sin embargo, la palabra “tierra” se usa muchas veces en el Antiguo Testamento en contextos que indican claramente que no es el planeta literal. Por ejemplo, Jeremías 22:29 dice, “Tierra, tierra, tierra, oye palabra de Jehová.” Es evidente que no es el planeta el que tiene que escuchar, sino la gente y las asociaciones de personas en la Tierra.

En una de las profecías sobre el fin del mundo leemos: “Esperadme, dice Jehová, hasta el día que me levante para juzgaros; porque mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por toda la tierra será consumida con el fuego de mi celo [hebreo: celo].” (Sof. 3:8). Este encuentro de las naciones unidas en relación con el tiempo profético de la angustia—que en última instancia destruirá el estado actual de maldad—ha venido realizándose durante años.

El profeta nos dice aquí que es la determinación de Dios “devorar” toda la tierra con el fuego de su celo. Aprendemos lo que se entiende por el uso de la palabra “devorar” al examinar las palabras de otro de los santos profetas de Dios. En Daniel 7:23 esta palabra también se usa para describir las tendencias agresivas de una gran “bestia” que se dice que representa a un “reino” particular. La mayoría de los estudiantes de profecía creen que ésta se refiere al antiguo Imperio Romano, según lo que Daniel escribió: “La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará.” No es necesario argumentar que la referencia aquí no es a la tierra literal. Esta es una profecía que se cumplió hace muchos siglos y aún nuestro planeta existe. Sin embargo, fue “devorada” una simbólica “tierra” por las agresiones del Imperio Romano, y como resultado se han hollado y roto muchas naciones.

DIOS EXALTADO EN LA TIERRA

El Salmo 46 contiene una profecía muy interesante sobre el fin del mundo. En el gran momento de la destrucción simbólicamente descrita, la tierra es “removida” y también “derretida” (vss. 2, 6). Y, sin embargo, después de describir el momento de la guerra y el caos que trae consigo este resultado, dice el Señor, “Estad quietos y sabed que yo soy Dios; seré exaltado entre los paganos

[Hebreo: las naciones], enaltecido seré en la tierra” (vs. 10). Esta última referencia es la de la Tierra literal que permanece para siempre para ser el hogar eterno del hombre, y aún existe en la profecía incluso después de que la tierra sea “removida” y “derretida”.

La profecía del salmista continúa: “Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamientos en la tierra. Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego” (vss. 8, 9). La guerra es una de las terribles características del presente mundo malo. Aquí, este profeta de Dios nos asegura que en última instancia, cuando el Señor dice “estad quietos” a las caóticas y violentas naciones de la tierra, la guerra será una cosa del pasado, ya que la destrucción del actual orden del mal nos llevará al principio de un nuevo orden—el nuevo mundo de mañana de Dios.

LA PROFECÍA DE JESÚS

Como hemos señalado, las profecías de la Biblia asocian el fin del mundo con el regreso de Cristo. De hecho, él será el gran rey en el nuevo mundo de Dios. Cerca del fin del ministerio terrenal de Jesús los discípulos le preguntaron acerca de la señal de su prometido regreso. Le preguntaron, como está registrado en nuestro texto de apertura, “¿qué señal habrá de tu venida [griego: presencia], y del fin del mundo?” (Mat. 24:3) Otras muchas

traducciones presentan la última parte de este versículo como “fin del siglo”, y este es el pensamiento del texto original griego. Por lo tanto, entendemos que la pregunta de los discípulos no se refiere al final del planeta físico, sino el final del presente orden social o “edad”, caracterizada por el mal, la cual dará paso a una nueva era caracterizada por justicia.

En respuesta a esta pregunta, Jesús menciona muchas cosas que tendrían lugar en la tierra durante el período de su presencia—la última siendo que los que se prueban dignos de la vida durante el futuro Día del Juicio “heredarán el reino preparado para [ellos] desde la fundación del mundo.” —cap. 25:31-34

En su profecía Jesús mencionó muchos acontecimientos que precederían a esta última restauración de los obedientes a la vida y a su condición paradisiaca perdida. Se refirió, por ejemplo, a la gran profecía de Daniel de un tiempo de angustia como nunca fue desde que hubo nación, y lo describió como una gran “tribulación” que vendría a las naciones de la tierra. Dijo que esta tribulación sería tan grave y generalizada que a no ser que se acortaran ninguna carne se salvaría. Es evidente, creemos, que estamos viviendo ahora en el tiempo descrito por Jesús. Esto significa que estamos viendo un “mundo” llegar a su fin. Sin embargo, Jesús nos dio garantías de que el período

de tribulación, o destrucción, será acortado antes de que toda carne sea destruida. —Mat. 24:21, 22

Podemos tener el consuelo de ver que esto está ocurriendo en todo el mundo en la actualidad. Sabemos que la destrucción de la raza humana está amenazada por el mal uso de la energía nuclear. La contaminación del medio ambiente y el cambio climático continúan poniendo en peligro la existencia de la raza humana, al igual que el posible uso de armas químicas y biológicas por naciones que las apoyan. La interrupción de los sistemas de comunicación, los mercados financieros o las redes informáticas del mundo también podría tener efectos devastadores sobre la continuación de la existencia humana. El Maestro nos asegura, sin embargo, que por medio de los elegidos de Dios—a través de Cristo, el cabeza y los miembros del cuerpo—habrá intervención divina en los asuntos humanos a tiempo para evitar que las catástrofes climáticas mencionadas destruyan a la humanidad y la tierra en la que habitan.

TRES MUNDOS

La Biblia habla de tres mundos, uno después de otro, con el planeta Tierra siendo el local de los tres. Hay el mundo de antes del Diluvio, a menudo conocido como el mundo antediluviano. Hay el “presente siglo malo”, como lo describe el Apóstol Pablo (Gal. 1:4) y por último, “el mundo por venir”. —Hebreos. 2:5

Pedro describió estos simbólicamente en sus aspectos materiales y espirituales como “los cielos y la tierra”. Con respecto al mundo antediluviano, Pedro observó: “Fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua” (2 Pet. 3:5-6). Y continúa, “Pero los cielos y la tierra que existen ahora [aún hoy], están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición [destrucción] de los hombres impíos”. —vs. 7

En el versículo 13 Pedro dice: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales “mora la justicia”. Estos nuevos cielos y esta nueva tierra serán el tercer mundo—el “mundo por venir”. La primera parte de este mundo serán los mil años de autoridad de Cristo y su iglesia glorificada sobre la humanidad. También será el día de mil años del juicio del hombre. Por estas razones Pedro podía hacer referencia a los nuevos cielos y a la nueva tierra que representan las condiciones justas, aunque los últimos vestigios del pecado no serán completamente destruidos hasta el cierre de los primeros mil años de ese nuevo “mundo”. —Apoc. 20:4, 6, 11, 12

EL “DÍA”

El título de este artículo es “El día en que el mundo termina”, identificando el tiempo en la realización del plan del Padre Celestial cuando el presente mundo malo será destruido y Dios pueda establecer el nuevo mundo del mañana. El fin de este mundo y el establecimiento del nuevo se lleva a cabo durante un período de tiempo, la longitud del cual es conocida por el Señor, pero todavía no se la ha revelado a su pueblo. El período en el que el mundo antediluviano terminó se menciona en las Escrituras, como “los días de Noé”. Aunque fue Dios quien hizo que las aguas del diluvio destruyeran el mundo, Noé estaba estrechamente asociado con lo que se llevó a cabo y fue el constructor del arca en la que él y su familia se trasladaron al nuevo mundo.

Pedro habla de la época en que se acaba el presente mundo malo como “el día del Señor” y “el día de Dios.” Otras profecías lo describen como el día de la ira de Dios sobre un orden malo que traerá su destrucción. En la profecía de Pedro se simbolizan a los elementos de la destrucción por el fuego. Dice: “El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra también y las obras que en ella hay serán quemadas.” “Esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y

los elementos, siendo quemados, se fundirán.” —2 Ped. 3:10, 12

Tras la lectura de esta descripción de la destrucción del actual mundo malo es importante observar que cuando el mundo antediluviano fue destruido simplemente significó la destrucción de ese orden mundial, y no la destrucción de la tierra. Así también ahora, no es la destrucción de la tierra lo que está involucrado en la destrucción del presente mundo malo; es el presente orden mundial malo—los sistemas civiles y religiosos, y no las personas—lo que es destruido. Hace mucho tiempo que Dios prometió que nunca más destruiría toda carne de la tierra. —Gen. 8:21

El fuego no es sino uno de los símbolos utilizados por Dios en la Biblia para designar la forma en la que el mundo malo de hoy es destruido, tanto los aspectos religiosos—los “cielos”—como los civiles y los sociales—la “tierra”. Las Escrituras también utilizan tormentas, tornados, terremotos y otros símbolos—incluso las inundaciones—para simbolizar lo que ahora conocemos como guerras, revoluciones, anarquía, desgloses económicos, conflictos sociales y similares—sumándose todo al creciente caos que finalmente dará como resultado la desintegración total del “mundo” actual. En efecto, ahora es el “día” en el que el mundo actual está en proceso de acabarse.

En su profecía, Pedro marcó el alcance total en el tiempo de “los cielos y la tierra que existen

ahora” al decir que “están reservados... para el fuego en el día del juicio”. La versión revisada (*The Revised Standard Version*) refleja el pensamiento de forma más clara pues dice: “Por la palabra de Dios los cielos existían hace mucho tiempo, y de una masa de agua y de agua, a través de la cual el mundo que existía entonces fue inundado con agua y perecieron. Pero por la misma palabra los cielos y la tierra que existen en la actualidad han sido guardados para el fuego, se mantiene hasta el día del juicio y para la destrucción de los hombres impíos.” —2 Ped. 3:5-7

El primer mundo existía hasta ser destruido por las aguas del diluvio. El segundo mundo todavía existe, aunque en “fuego”, y continuará “hasta el día del juicio y para perdición de los hombres impíos”. Si bien no habrá destrucción de la vida humana por el fuego simbólico del día del Señor, no es de esto de lo que Pedro está hablando aquí. La presente destrucción es de las instituciones y las naciones malvadas—un orden mundial malo— y no específicamente diseñada para las personas.

La afirmación de Pedro sobre “la destrucción de los hombres impíos” se refiere a los posteriores días del juicio. En ese momento el Señor tratará con individuos, el orden del mundo entero estará bajo la autoridad de ese “profeta” anunciado por Moisés. Durante este período serán sólo aquellos que no escuchen al profeta los que serán “desarraigados de entre el pueblo”. Estos serán

verdaderamente los “impíos”, los pecadores deliberados, que serán destruidos en la “muerte segunda”. —Hechos 3:22, 23; Apoc. 20:12-14

¡Qué diferente será en el día del juicio de mil años, sin embargo, para los justos—aquellos que voluntariamente y con alegría abracen el verdadero conocimiento de Jehová, como luego se les revelará! El salmista describió lo que será para ellos un tiempo feliz con estas palabras: “Alégrense los cielos y gócese la tierra: brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia y a los pueblos con su verdad.” —Sal. 96:11-13

LOS NUEVOS CIELOS Y LA NUEVA TIERRA PROMETIDOS

Después de profetizar la destrucción de los actuales cielos y la tierra en un gran tiempo de angustia simbolizados por fuego y estruendo, Pedro añade: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Ped. 3:13). Como muestra Pedro, los primeros y los segundos cielos y la tierra simbólicos existían según la Palabra de Dios. Ahora él explica que esto es cierto también de los nuevos cielos y la nueva tierra—según la promesa de la Palabra de Dios.

Importante entre estas promesas es una establecida en Isaías 65:17, que dice: “He aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria ni más vendrá al pensamiento.” Isaías explica además que en estos nuevos cielos y esta nueva tierra: “Edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos” (vss. 21,22). Tenga en cuenta que estas actividades tienen lugar en la tierra, que todavía está aquí después de que los antiguos cielos y tierra simbólicos sean destruidos.

Juan el revelador, en una visión que le dio el Señor Jesús resucitado mientras estaba en la Isla de Patmos, vio los nuevos cielos y la nueva tierra prometidos y los describió así: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra ya pasaron... y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí, el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba

sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.” —Apoc. 21:1-5

La “Nueva Jerusalén” de la que habla Juan es la clase de Cristo, simbolizada como un esposo y una esposa. Estos constituyen el “nuevo cielo” y gobernarán con rectitud sobre la “nueva tierra”. ¡Qué importante también es la promesa de Dios de que él hará nuevas todas las cosas aquí en la tierra—la tierra que permanece para siempre y al final ve la voluntad de Dios hecha a lo largo de toda su extensión, incluso en momentos en la que se está llevando a cabo en el cielo! A esto es a donde nos conduce el fin del presente mundo malo. Sigamos orando por el reino que nos traerá todas estas bendiciones.

Importante entre “todas las cosas” que van a cambiar es la destrucción del dolor y de la muerte. Piense en lo que esto significa en la experiencia humana. No habrá más necesidad de hospitales, médicos, enfermeras, instalaciones de vida asistida, farmacias—sin importar lo mucho que se necesitan y se aprecian ahora. Agradecemos a nuestro Padre Celestial por estos útiles servicios prestados, pero seamos más agradecidos por la posibilidad de esas dichosas condiciones en los nuevos cielos y la nueva tierra cuando la enfermedad, el morir y la muerte en sí, de cualquier causa, “hayan pasado”.

Isaías escribió acerca del nuevo mundo diciendo: “Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro

legislador, Jehová es nuestro rey; él mismo nos salvará” (Isa. 33:22). El versículo 24 agrega, “No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad”. Qué maravilla es darse cuenta de que cuando el Señor sea Juez, Legislador y Rey realmente salvará al pueblo del dolor, de la enfermedad, del pecado y de la muerte.

En la actual condición pecaminosa de la humanidad, comenzando con el pecado original en el Jardín del Edén, sigue dando como resultado enfermedades y muerte. Sin embargo, a través de la muerte de Jesús, Dios proveyó la redención del pecado adámico. Pablo escribió, “Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Cor. 15:22). Esto significa que, además de la abolición de la enfermedad, los miles de millones de hombres que ya han ido a la tumba se despertarán de su largo sueño en la gran casa-prisión de la muerte. Todos los que sean obedientes a las leyes justas del reino alcanzarán la vida eterna y perfecta en la tierra. Entonces será un hecho que no habrá más muerte. De hecho, “el último enemigo que será destruido es la muerte.” —vs. 26

LA PERSPECTIVA

Maravillosa y emocionante es la perspectiva del nuevo mundo del mañana de Dios como ofrecida a nosotros por la preciosa promesa de Dios. Los que sean capaces de retener por fe las promesas

pueden alegrarse de ver evidencias de que el presente mundo malo está pronto a su fin. Saber lo que el “fin del mundo” bíblico significa para los pueblos de todas las naciones, debemos desear que llegue lo antes posible.

Si bien se ha progresado mucho en el mundo que “ahora es” que ha sido buena, en su conjunto, ha sido un perverso mundo. Se ha caracterizado por el pecado, el egoísmo, la enfermedad y la muerte. Nos alegramos que no seguirá y de que incluso ahora está en proceso de ser retirado. Muy pronto será completamente destruido, en preparación para el nuevo mundo de Dios, “un cielo nuevo y una tierra nueva, en la cual mora la justicia.”

Una Visión del Futuro

Versículo Clave: " *Porque he aquí que vienen días, dice Jehová, en que haré volver a los cautivos de mi pueblo Israel y Judá, ha dicho Jehová, y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán.*"
— *Jeremías 30:3*

Escritura Seleccionadas:
Jeremías 30:1-3, 18-22

EN NUESTRAS lecciones para este mes, examinaremos varias declaraciones proféticas del libro de Jeremías que señalan algunas bendiciones y provisiones de Dios que acompañarán el venidero reino mesiánico. En estas profecías, Israel y Judá—dos divisiones de la nación judía que surgieron después de la muerte del rey Salomón—se identifican expresamente como los recipientes de estas bendiciones. Esto es porque ellos eran el pueblo pactado de Dios durante los tiempos del Antiguo Testamento, y “son amados por causa de los padres,” a pesar de sus muchos fracasos. —Rom. 11:28

En estas profecías, Israel es también un ejemplo del mundo entero de la humanidad que, como la nación judía, ha fallado de guardar las leyes justas de Dios. Es el deseo de Dios que “todos los hombres [tanto judíos como gentiles] sean salvos y

vengan al conocimiento de la verdad.” (1 Tim. 2:4) Por lo tanto, cuando consideramos las palabras proféticas del profeta del Señor, deberíamos tener presente esta aplicación doble—a Israel, y también al mundo en general. En efecto, la promesa dada a Abrahán consistía en que en su simiente “serán benditas todas las naciones de la tierra.” —Gen. 22:18

Hablando por medio del profeta, el Señor en el Versículo Clave de nuestra lección dice que él hará “volver a los cautivos de mi pueblo.” Una frase similar se utiliza otra vez en el versículo 18. A primera vista, estas palabras no suenan en absoluto como una bendición, sino un castigo adicional. Sin embargo, las palabras “hacer volver” se traducen más correctamente como “volverse” o “retirarse”—el pensamiento es que Dios “retirá” el cautiverio de su pueblo. Durante más de veinticinco siglos, Israel y su pueblo eran cautivos de otras naciones. Jesús dijo que serían “hollad[os] por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.” —Lucas 21:24

Muchas pruebas nos demuestran que en 1914, y a consecuencia de la primera guerra mundial, estos “tiempos de los gentiles” fueron cumplidos, y el cautiverio de Israel a estas naciones fue “retirado.” Citando más de nuestro Versículo Clave, Dios dijo que después de que se terminara su cautiverio, él “los traer[á] a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán.” La Declaración Balfour de

1917 permitió que los judíos hicieran justamente esto—volver a la tierra—y sólo treinta y un años más tarde, en 1948, Israel se hizo una nación soberana otra vez.

Aunque lo susodicho presenta una perspectiva importante de las palabras de Jeremías, hay todavía un punto de vista profético más grande que quisiéramos señalar. Es uno que se cumplirá en el reino del Mesías, y afectará no sólo a la nación de Israel, sino también a toda la humanidad. El cautiverio de Israel por muchos siglos a las naciones gentiles era, de muchas maneras, un ejemplo del cautiverio que ha sufrido el hombre desde que pecaron nuestros primeros padres. Es el cautiverio al pecado, al sufrimiento, y a la muerte, del cual ninguno ha sido capaz de escaparse, a pesar de los mejores esfuerzos de la ciencia y la medicina.

Sin embargo, Dios, justo como él prometió a Israel su liberación eventual del cautiverio, también ha prometido la liberación de la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte. Jesús, al proporcionar el mérito del rescate, aseguró aquella liberación para Adán y para toda su prole. El propósito del reino venidero de Cristo será poner fin una vez para siempre al cautiverio del hombre—
”para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.” —Isa. 42:7

Restauración

Versículo clave: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.”

— *Jeremías 31:31*

*Escrituras Seleccionadas:
Jeremías 31:31-37*

ES EL PLAN DE DIOS para la humanidad que a cada uno se le da una oportunidad de restauración a todo lo que fue perdido cuando nuestros primeros padres pecaron— perfección de salud y

de vida, dominio sobre la tierra, y comunión y favor con Dios. El Apóstol Pedro habló de este tiempo prometido como un período “de la restauración de todas las cosas,” diciendo que había sido anunciado “por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” —Hechos 3:21

Uno de los profetas fieles de Dios, Jeremías, habla de este tiempo de restauración venidero en los versículos de la lección de hoy. Estas palabras se enfocan particularmente en Israel y Judá. Sin embargo, como hemos notado previamente (véase la lección del 7 de septiembre), ellas de muchas formas son “típicas” de toda la humanidad. La nación judía era un pueblo bajo una relación de pacto con Dios. Ellos se pusieron en aquella

posición cuando se acordaron y prometieron guardar la ley de Dios después de que ésta se les presentó. Hablando por medio de Moisés, Dios había dicho, “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos.” Respondiendo a esto, “todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo.” —Ex. 19:5,8

Debido a que la ley de Dios es perfecta, y ninguno en Israel podría alcanzar un estándar tan alto, la nación judía no era capaz de guardar los términos de su pacto con Dios. El profeta Jeremías escribió acerca de esto, diciendo, “ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová.” (Jer. 31:32) Sólo Jesús, “nacido de mujer y nacido bajo la ley” del pacto, era capaz de guardar los términos del acuerdo de Israel con Dios perfectamente. (Gál. 4:4) Al hacerlo, y por el sumamente importante paso adicional de morir como el Redentor del hombre, Jesús anuló “el acta de los decretos que había contra” Israel, “quitándola de en medio y clavándola en la cruz.” —Col. 2:14

Esta obra de nuestro Señor en su primer advenimiento hizo posible los acontecimientos que sucederán pronto durante el reino del Mesías. Habiendo redimido a Israel de la “maldición de la ley,” y a toda la humanidad de la “maldición” pronunciada en Edén, el fundamento fue colocado

para “un nuevo pacto” que se concluirá con el pueblo de Dios—Israel y Judá—y por extensión, con todos “en Adán.” (Gál. 3:13; Gén 3:17; Apoc. 22:1-3; 1 Cor. 15:22)

Nuestro Versículo Clave habla proféticamente de este nuevo pacto, y los versículos que siguen añaden estas palabras importantes, “Este es el [nuevo] pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” —Jer. 31:33, 34

El Nuevo Pacto, atestiguado también por Pablo (véase Heb. 8:6-12), será la ley del reino del Mesías, bajo la cual Israel y todas las familias de la tierra serán restauradas a lo que fue perdido en Edén. En efecto, Jesús “vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” —Lucas 19:10

Un Nuevo Futuro

Versículo clave: “Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra.”
— *Jeremías 32:15*

Escrituras Seleccionadas:
Jeremías 32:2-9,14,15

EL MARCO DE circunstancias para la lección de hoy es verdaderamente triste. Jeremías, un israelita fiel y el profeta del Señor, había sido encerrado en prisión por nadie más que Sedequías, el rey de Judá—la división de dos tribus de Israel. Sedequías estaba consternado porque Jeremías había profetizado que Jerusalén sería sitiado y derrotado por el rey de Babilonia. Además, había profetizado que el reino de Sedequías sería quitado, y que él sería llevado cautivo a Babilonia. (Jer. 32:2-5) Aunque ahora era preso en manos de su propio rey, las palabras de Jeremías eran verdaderas. En efecto, todo lo que había profetizado acerca de Jerusalén, de Sedequías, y de su reino se hizo realidad. Los israelitas ahora eran esclavos en Babilonia. Ya no poseían casas, heredades, o viñas.

Mientras estaba en prisión, “la palabra de Jehová” vino a Jeremías de una manera muy interesante. (vss. 6-14) Parafraseando el relato, Dios

informó a Jeremías que una heredad en su ciudad natal de Anatot que había pertenecido antes a su tío podría permanecer como posesión de la familia si él lo comprara. “Tú tienes derecho a ella para comprarla,” Dios dijo a Jeremías. Luego, el hijo del tío de Jeremías le visitó en la cárcel y confirmó las palabras del Señor, diciendo, “tuyo es el derecho de la herencia, y a ti corresponde el rescate; cómprala para ti.” Jeremías entonces “sabía que era palabra de Jehová.” Él compró la heredad, dio el dinero al hijo de su tío, y consiguió pruebas de la compra con los documentos apropiados, sellándolos en una vasija de barro por si acaso fuera necesario justificar la transacción en el futuro.

Aunque el relato de la compra de Jeremías de la heredad de su tío es verdadero sin duda, el Señor lo usó para ilustrar algo de gran importancia acerca de Israel. Inmediatamente después del relato anterior, encontramos las palabras de nuestro Versículo Clave, que prometen que “aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra.” Igual que Jeremías había retomado posesión de la propiedad de su tío pagando el precio por su redención, así también Jesús pagó el precio—su vida humana perfecta—por la redención de Adán. —1 Tim. 2:5,6

Como registrado en la narrativa de nuestra lección, en este tiempo Israel estaba esclavizada en Babilonia. La humanidad, también, ha estado esclavizada al “pecado y a la muerte” desde la caída de Adán. (Rom. 8:2) En el caso de Israel, la compra

por Jeremías de la heredad de su tío fue llevada a cabo mientras estaba en prisión, y mientras la nación estaba en cautiverio. La compra redentora de Adán y de su raza por Jesús fue llevada a cabo hace casi dos mil años, en medio del cautiverio de la humanidad al pecado y sus resultados horribles. De hecho, hasta hoy en día esta esclavitud sigue.

Dios es fiel a sus promesas tanto a Israel como al mundo entero. Toda la humanidad ha sido “rescatada ... con la sangre preciosa de Cristo,” y es su “posesión”. (1 Ped. 1:18,19) En cooperación con el Padre Celestial, Cristo bendecirá a la humanidad que él ha comprado. Todos aquellos que obedezcan las leyes justas del reino del Mesías poseerán otra vez el hermoso paraíso edénico perdido hace mucho tiempo. En efecto, “se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra” de nuestro planeta, la morada eterna y perfecta del hombre. ¡Qué futuro tan glorioso espera a la raza humana!

Posibilidades Improbables

Versículo clave: “Ha de oírse aún voz de gozo y de alegría, voz de desposado y voz de desposada, voz de los que digan: Alabad a Jehová de los ejércitos, porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia; voz de los que traigan ofrendas de acción de gracias a la casa de Jehová. Porque volveré a traer los cautivos de la tierra como al principio, ha dicho Jehová.”

— Jeremías 33:11

*Escrituras
Seleccionadas:
Jeremías 33:2-11*

COMO DISCUTIDO en nuestra lección anterior, la palabra del Señor vino a Jeremías mientras estaba en prisión, instruyéndole a redimir la heredad de su tío, ilustrando cómo el precio redentor pagado por Jesús dará a la humanidad la oportunidad de poseer otra vez la tierra en perfección. En la lección de hoy leemos que “vino palabra de Jehová a Jeremías la segunda vez, estando él aún preso en el patio de la cárcel.” (Jer. 33:1)

Este segundo mensaje de Dios añadió más detalles a la esperanza comunicada antes. La importancia de lo que estaba a punto de comunicarse a Jeremías se demuestra en las palabras del versículo 3. El Señor

dijo, “Te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.”

En los versículos 4-7, Dios reveló al profeta que aunque la ciudad santa de Israel, Jerusalén, y las casas del rey de Judá, habían sido “derribadas,” y estaban llenas actualmente de los “cuerpos de hombres muertos” de aquellos que él había permitido ser destruidos debido a su maldad, esto sería así sólo por un período limitado. A su debido tiempo, Dios dijo a Jeremías, “Yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad. Y haré volver los cautivos de Judá y los cautivos de Israel, y los restableceré como al principio.”

Además, el Señor señaló que la “sanidad y [la] medicina” para Israel requerirían que se limpiaran y se perdonaran primero de “toda su maldad con que pecaron contra mí.” (vs. 8) Aunque Dios esté contento limpiar y perdonar a aquellos que han pecado contra él, esto no viene a ninguno a menos que primero expresen un deseo sincero de arrepentirse y reformar su conducta hacia él. Prometiendo que él haría esto, Dios evidentemente previó el tiempo cuando Israel expresaría finalmente tal cambio de corazón. Entonces sería su buen placer de limpiar, perdonar, y sanarlos.

El tiempo para la realización del buen placer de Dios hacia su pueblo será a principios del reino de Cristo, cuando Israel, en humildad y arrepentimiento sinceros, reconozca a su Mesías y

clame, “Bendito el que viene en el nombre del Señor.” (Mat. 23:39) Entonces Israel será “de alabanza y de gloria, entre todas las naciones de la tierra, que habrán oído todo el bien que yo les hago; y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré.” —Jer. 33:9

Nuestro Versículo Clave dice que de nuevo los sonidos de gozo, alegría, y alabanza a Dios, sonarán en toda la tierra de Israel, cuando proclamen su gran misericordia para con ellos. Tales serán los resultados benditos del establecimiento del reino de Cristo en la tierra. Pero, las bendiciones a Israel serán sólo el principio. La palabra de Dios es repleta con declaraciones que indican que las bendiciones del reino se extenderán a “todas las naciones de la tierra.” (Gen 22:18) El profeta Isaías habla de esto muchas veces, un ejemplo del cual encontramos en estas palabras: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.” (Is. 49:6) Alabado sea Dios que su salvación será a “lo postrero de la tierra!”

Regocíjense De Todos Modos

*Versículo clave: “Con todo,
yo me alegraré en Jehová,
Y me gozaré en el Dios de
mi salvación.”
— Habacuc 3:18*

*Escrituras Seleccionadas:
Habacuc 2:1-5; 3:17-19*

LA ORACIÓN DE Habacuc se registra para nosotros en el tercer capítulo de su profecía. En los versículos 17-19, él concluye su oración de forma admirable. El

autor declara que las condiciones que rodeaban al pueblo de Dios en ese tiempo eran muy difíciles, y aún así él siguió regocijándose en el Señor y en su salvación, y afirmó que Dios era la fuente de su fuerza.

El pueblo de Dios a través de todas las edades, inclusive la edad actual, hace bien en prestar atención a la actitud del Profeta. En todo momento, en cualquier lugar, y en todas las circunstancias, debemos regocijarnos en el Señor y darle gloria y honra. Pablo dijo, “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”, y “Hacedlo todo para la gloria de Dios.” —Fil. 4:4; 1 Cor. 10:31

La oración de Habacuc contiene mucho en la forma de lenguaje figurativo y simbólico, de la cual podemos sacar bendiciones por medio de su

interpretación. Sin embargo, la lección principal que se nos imparte es la declaración muy sencilla y clara de nuestro versículo clave: “Con todo, yo me alegraré en Jehová.” Al regresar al capítulo anterior, llegamos a entender por qué el profeta, y nosotros también, podemos regocijarnos en medio de los problemas y las dificultades.

En Habacuc 2:1-4 leemos en parte, “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie...Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas... Aunque la visión tardará aún por un tiempo... mas el justo por su fe vivirá.” Se trata de la “visión” de la verdad—el plan de Dios para salvación—y nuestra comprensión de la misma, es lo que nos permite regocijarnos en todo momento. Estos versículos nos dicen que para comprender la visión, debemos ser un guardián fiel, como lo fue Habacuc obviamente. Además, nos muestran la importancia de estudiar la Palabra de Dios, de manera clara y lógicamente, pues en la Biblia se expone el maravilloso plan de las edades de Dios. Este plan, de hecho, es el tema y el testimonio central de las Escrituras.

El testimonio simbólico de la Biblia, como relatado por Habacuc y otros escritores, será comprendido solamente por aquellos que “tienen oídos” para escuchar y entender (Apoc. 3:22). Jesús dijo durante su ministerio terrenal, “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y

las has revelado a los niños.” (Lucas 10:21) Aquí se nos dice que Dios revela sus planes sólo a aquellos que han dado evidencia de pureza y honestidad de corazón—rasgos que se encuentran en niños. Sólo tales pueden llegar a apreciar realmente las palabras: “Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.” (Mat. 13:16) Los ojos de nuestro entendimiento deben estar abiertos antes de que podamos apreciar la “visión” de la cual habló el profeta, y tener la actitud de regocijo que él expresó. Este entendimiento se hace posible a través del engendramiento y de la morada del Espíritu Santo de Dios.

Otro uso de un lenguaje figurativo en las Escrituras que entendemos como parte de nuestra “visión” de la verdad se encuentra en estas declaraciones de nuestro Señor: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos,” y “Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas.” (Juan 15:5; 10:14) Jesús habla aquí de sus seguidores asidos como “pámpanos” y “ovejas”, y de sí mismo como el “vid” y el “buen pastor.” Aquellos pámpanos y aquellas ovejas que continuamente moran en la vid, y bajo el cuidado del buen pastor, heredarán el reino de los cielos. Entonces, según la “visión” de Dios, todo el mundo de la humanidad tendrá la oportunidad de caminar en “El camino de la Santidad” en el reino del Mesías. —Isa. 35:5

Aun Así, Mi Redentor Vive

Versículo clave: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo.”

— *Job 19:25*

Escrituras

Seleccionadas:

Job 19:1-7, 23-29

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO, las palabras “redimir”, “redimido”, “redentor” y “redención”, a menudo se traducen de la palabra hebrea Gaal. Esto también es cierto en el caso de la palabra “redentor” en nuestro versículo clave. Según la Concordancia de Young, Gaal significa poner en libertad por medio de la venganza o del reembolso. Además de nuestro versículo clave, otras referencias que hacen uso de la misma palabra hebrea se vierten de la manera siguiente: “Y se acordaban de que Dios era su refugio, y el Dios Altísimo su redentor.” “Y vendrá el Redentor a Sión.” (Sal. 78:35; Isa. 59:20) La necesidad del hombre de un redentor se cita cuando, al hablar de Dios y de su plan para la salvación de los hombres, el salmista dice: “El que rescata del hoyo tu vida.” —Sal. 103:4

Redención con respecto a los asuntos temporales también era posible en ciertas circunstancias bajo el arreglo del Pacto de la Ley de

Israel. Por ejemplo, en lo que respecta a quien se empobrecía, las Escrituras declaran, “Uno de sus hermanos lo rescatará. O su tío o el hijo de su tío lo rescatará... o si sus medios alcanzaren, él mismo se rescatará.” (Lev. 25:48,49) Aunque tal redención bajo la Ley se lograba por medio del pago de dinero de un tipo o de otro, este no es el caso con la redención final del hombre del pecado y de la muerte.

Esta verdad importante acerca del plan de Dios para la redención de los hombres se observa en estas palabras: “De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados.” (Isaías 52:3) Pedro confirma este pensamiento en el Nuevo Testamento, diciendo: “Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.” (1 Ped. 1:18, 19) A este Pablo añade: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.” —Rom. 3:23

Una de las razones por citar estas expresiones bíblicas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es para protegernos contra las falsas enseñanzas de algunos. Muchos hoy en día, como en tiempos pasados, no entienden el tema de la redención y su base, el rescate—que el mundo

fue comprado por la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Algunos citan varios pasajes en el Nuevo Testamento donde la palabra “redención” se traduce de la palabra griega que significa “liberación”. Entonces, la inferencia se hace que el único significado vinculado a la redención es aquella de la liberación. Como estudiantes de la Biblia, en casos como estos, donde mucho depende del significado correcto de ciertos términos, es necesario entender las palabras griegas originales y su significado.

También es importante examinar el uso de ciertas palabras por el contexto en que aparecen. En algunos casos, los escritores del Nuevo Testamento expresaron el pensamiento de la redención al identificarla específicamente, con la compra de la raza humana, y del precio correspondiente provisto por aquella compra. (1 Cor. 15:22; Rom. 5:18) En otros casos, el contexto tiene que ver con la liberación del hombre, el resultado final de la compra, o redención. (Ef. 1:14) Cuando se entienden correctamente, sin embargo, en realidad no hay conflicto en el uso de estas palabras. En efecto, la liberación final del hombre se obtiene por medio de un rescate, o precio redentor, ya provisto. Ambos aspectos son importantes y necesarios para la realización del plan de Dios. Por lo tanto, podemos con alegría, y con comprensión correcta, hacernos eco de las palabras de Job: “Yo sé que mi redentor vive.”

La Esperanza Se Queja

Versículo clave: “*En cuanto a mí, a Dios clamaré; y Jehová me salvará.*”

—*Salmos 55:16*

Escrituras Seleccionadas:
Job 24:1, 9-12, 19-25

A FIN DE comprender lo que se entiende por las palabras de David en nuestro versículo clave regresamos al versículo 15, que dice: “Condenados sean á muerte, desciendan

vivos al infierno.” En este momento, tenemos que examinar de cerca el uso de la palabra “infierno.” La palabra infierno, tal como aparece en este versículo y en la totalidad del Antiguo Testamento, es una traducción de la palabra hebrea *seol*, y simplemente significa la condición de muerte o el sepulcro.

Tanto la gente buena como la mala va a *seol*—la condición de muerte. Jesús fue allí. David habló de él proféticamente: “No dejarás mi alma [ser] en el infierno.” (Sal. 16:10) A esto Isaías añade, también hablando proféticamente de Jesús, “El derramó su alma hasta la muerte.” (Isa. 53:12) En el Nuevo Testamento Pedro, cuando habla de la resurrección de Jesús de entre los muertos, citó el Salmo 16:10, diciendo: “Que no dejarás mi alma en el infierno, ni darás á tu Santo que vea corrupción.”

(Hechos 2:27) La palabra griega traducida aquí “infierno” es *hades*. Ya que este pasaje es una cita directa de los Salmos, entendemos que la palabra *hades* en el Nuevo Testamento es el equivalente exacto de la palabra hebrea *seol* en el Antiguo Testamento. De hecho, Jesús murió y pasó parte de tres días en el sepulcro—el infierno de la Biblia—y luego fue resucitado por la poderosa fuerza de Dios.—véase Jonás 1:17; 2:1,2; Mat. 12:40

Volviendo a nuestra lección en el Salmo 55:15, vemos a David observando las obras de los malos. Él ora que mueran pronto, y por lo tanto dejen de hacer el mal. Como hemos visto, la palabra *seol* no tiene ningún pensamiento de fuego o de tormento en la muerte, sino que simplemente significa el olvido, o la cesación de la vida. Con este punto de vista, podemos entender que la oración de David hacia sus enemigos, los opositores de la justicia, fue apropiada y de acuerdo con la ley de Dios.

Si David hubiera orado que sus enemigos fueran a un lugar de tortura eterna, esto se habría mostrado una condición inapropiada de corazón de su parte. De hecho, es algo totalmente ajeno a la naturaleza de nuestro amoroso Padre Celestial incluso de concebir de tal lugar. El Apóstol Pablo parecía tener la misma mente que David sobre este tema. El dijo, “¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!” (Gal. 5:12) En otras palabras, que vayan rápidamente hacia abajo en la muerte para que sus

malos pensamientos y caminos puedan cesar. Dios mismo dijo en cuanto a aquellos que hicieron grandes abominaciones, “Cuando lo vi las quité.” —Eze. 16:50

La clave para entender todas estas declaraciones, en las que se expresa el deseo de que los enemigos de Dios mueran, se encuentra en el hecho de que la prueba y el juicio de la humanidad no está en esta vida presente con todas sus condiciones desfavorables. El tiempo para el juicio del mundo es la era mesiánica venidera, cuando todos conocerán la misericordia y la verdad de Dios bajo condiciones favorables. (Jer. 31:34; Sal. 136:1-12) Pablo dijo que Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón [Jesús] a quien designó, dando fe [confianza, seguridad] a todos.” —Hechos 17:31

Todos los hombres han pecado y están sujetos a la muerte. Por lo tanto, todos van al olvido, al sepulcro, al *seol*, *hades*—el infierno de la Biblia. Job expresó pensamientos semejantes en estas palabras, “La sequía y el calor arrebatan las aguas de la nieve; así también el Seol a los pecadores.” (Job 24:19) Alabado sea Dios, sin embargo, que “Cristo Jesús... se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” (1 Tim. 2:6) Que estemos siempre agradecidos a Dios quien “en la mañana” rescatará a la humanidad del olvido, de acuerdo con su propia preciosa promesa. —Sal. 30:5

La Esperanza Satisface

Versículo clave: “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti.”

— *Job 42:2*

Escrituras

Seleccionadas:

Job 42:1-10

LA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL traduce nuestro versículo clave de la siguiente manera: “Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes.” Esta interpretación del versículo parece capturar el pensamiento correcto.

Nuestro Padre Celestial ha creado un glorioso plan que se está llevando a cabo de acuerdo con su santa y perfecta voluntad. No puede ser frustrado por cualquier persona, poder o influencia, ya sea en el cielo o en la tierra. El maravilloso plan de Dios incorpora todos los aspectos de sus atributos—su sabiduría, justicia, amor y poder. Estos pueden verse en todos los aspectos de su plan por los que han llegado a apreciar su carácter perfecto y armonioso.

En cuanto a la sabiduría, Santiago nos dice que “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.” (Santiago 3:17) La sabiduría de Dios

es pura, es decir, que es santa. Siendo santa primero, también es pacífica, amable, fácil de obedecer, y misericordiosa con todos. Ya que estos atributos de la sabiduría de Dios están todos en armonía uno con el otro, es verdaderamente “sin hipocresía”.

En el Libro de los Proverbios, también se nos habla de la importancia de la sabiduría. “El temor [es decir, la reverencia] de Jehová es el principio de la sabiduría.” “Sabiduría ante todo.” (Prov. 9:10; 4:7) Estas palabras nos señalan exactamente de lo que se dio cuenta Job, tal como se registra en los versículos de nuestra lección. A través de sus experiencias Job llegó a apreciar que sólo después de desarrollar una reverencia completa por el Creador Todopoderoso, así como el reconocimiento de su infinita sabiduría, justicia, amor y poder, podía esperar recibir la plenitud de las bendiciones de Dios y de su misericordia.

Para los seguidores de Cristo—el que desplegó perfectamente las cualidades de su Padre—guardando en nuestras mentes y en nuestros corazones los atributos del carácter de Dios nos impulsarán a deleitarnos en hacer aquellas cosas que están en armonía con esos atributos. La condición de nuestro corazón es lo más importante en esta tarea, y se nos recuerda de esto por la grave afirmación de Pablo: “La palabra de Dios es viva y eficaz... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.” —Heb. 4:12

Para desarrollar la plena lealtad de corazón a Dios significa que debemos esforzarnos continuamente para lograr que todas las intenciones, motivaciones, pensamientos, palabras y acciones de nuestra vida, estén sometidos a la voluntad divina en la mayor medida posible. Job testificó que sus palabras provenían de un corazón recto, y, por tanto, podían hallarse agradables a Dios. “Estoy a punto de abrir la boca, y voy a hablar hasta por los codos. Mis palabras salen de un corazón honrado; mis labios dan su opinión sincera. El Espíritu de Dios me ha creado; me infunde vida el hálito del Todopoderoso.” —Job 33:2-4, *Nueva Versión Internacional*

Cerramos esta lección con las palabras fortalecientes a la fe del profeta Isaías. “Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano... ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí.” “Porque yo soy Dios...que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho.” (Isa. 45:18,21; 46:9,10) Podemos tener paz maravillosa en saber que lo que Dios ha prometido, siempre ha podido realizar. Su justo y misericordioso plan no fracasará.

“LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte VII

No obstante, para que podamos juzgarlo según la historia de la Iglesia, el espíritu de rivalidad y el amor de los honores tomaron rápido el sitio del espíritu de devoción humilde y de abnegación, mientras que la credulidad y el halago suplantaron fácilmente el examen de las Escrituras. El resultado fue que los superintendentes se hicieron gradualmente dictadores, aspiraron gradualmente a la igualdad con los apóstoles, hasta que, finalmente, se elevara entre ellos una rivalidad, y que algunos de ellos se dieran conocer y observar por el título jefes-obispos o arzobispos. Pronto después, una rivalidad entre estos arzobispos condujo a la exaltación de uno de ellos a la posición de papa. Después, el mismo espíritu prevaleció a un grado más o menos grande, no sólo en el papado, sino que entre los que habían sido engañados y extraviados por su ejemplo, lejos de la sencillez de la organización primitiva. En consecuencia, encontramos hoy que tal organización vigente en la Iglesia primitiva, es decir, sin nombre sectario, y sin gloria, sin honor y sin autoridad por parte de una

minoría sobre la masa, y sin distinción entre clero y laicos, es considerada como *¡no ser en absoluto una organización!* Estamos sin embargo felices colocarnos entre estos desestimados para imitar estrechamente el ejemplo de la Iglesia primitiva y para gozar, de modo correspondiente, de libertades y de bendiciones similares.

Así como los ancianos de la Iglesia deben vigilar a todos, guardar los intereses de Sión, velar sobre ellos, algunos en el terreno local, otros en un sentido más ancho y más general, lo mismo también, cada uno de ellos según sus talentos y sus capacidades, podía servir al rebaño, uno como evangelista si poseía las calificaciones y si las condiciones le permitían ir a predicar la verdad a los principiantes, encontrar los que tenían un oído para oír las buenas nuevas, etc.; otro como pastor que sirve al rebaño, a causa de sus calificaciones especiales desde el punto de vista social que le permitían velar por los intereses del pueblo del Señor, de manera personal, individual, visitándoles en casa, animándoles, fortificándolos, manteniendo la unión entre ellos y defendiéndolos contra los lobos en ropa de ovejas que quisieran morderlas y devorarlas. Los “profetas” también tenían sus calificaciones especiales para el servicio.

En nuestros días no empleamos más en general la palabra “profeta” en el sentido ancho que tenía en los antiguos tiempos, sino la entendemos más bien en el sentido de un vidente, o de alguien que

predijera el futuro. Sin embargo, profeta, en el sentido estricto de la palabra, significa un *hombre que habla en público*, un orador. Un hombre que tuviera visiones o revelaciones podría ser así un profeta, en el sentido que las expresa, pero ambas ideas son distintamente separadas. En el caso de Moisés y de Aarón, Moisés era el más eminente, siendo el representante de Dios que le dijo: “Mira, yo te he constituido dios (el poderoso o el superior) para Faraón; y Aaron, tu hermano, será tu profeta” — tu intérprete, tu portavoz (Éxodo 7:1). Ya hemos visto que muchos de los apóstoles eran unos videntes en el sentido que recibieron el conocimiento de las cosas venideras: ahora observamos que fueron casi todos oradores públicos, en particular Pedro y Pablo. No obstante, hubo muchos otros oradores públicos, o profetas. Por ejemplo, Bernabé fue uno, y está escrito: “Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas [oradores públicos], consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras.” —Hechos 15:32.

Nada en las Escrituras da la menor idea de que una persona inepta que cumple una tarea determinada, debería ser considerada como designada por el Señor a esta posición para la cual no es adaptada particularmente; al contrario, es el deber de cada miembro del cuerpo de Cristo de servir a otros según sus talentos (según sus

capacidades), y de ser bastante modesto, bastante humilde, de no tener “más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura”, según el valor real de los talentos que el Señor le concedió. La Iglesia tampoco no debería aceptar a los que, en su pecho, desean ser los más grandes *sobre este punto particular*. Al contrario, ella debería tener en cuenta la humildad como una de las calificaciones esenciales para ser anciano o para servir de otro modo. Si, por lo tanto, dos hermanos parecen tener el mismo talento, pero que uno es ambicioso y atrevido, y que el otro es humilde y tímido, el Espíritu del Señor que es el espíritu de sabiduría y de sobrio sentido común, le enseñará al pueblo del Señor que aprecia al hermano más humilde como al que el Señor quisiera favorecer especialmente, al que desearía ver ocupar el sitio preponderante en el servicio.

Concebimos fácilmente que, en el rebaño del Señor, los “machos cabríos” y las ovejas de carácter de macho cabrío aspiran a la gobernación; concebimos peor que las verdaderas ovejas que reconocen la voz del Maestro, que conocen su Espíritu y que procuran hacer su voluntad, puedan con docilidad permitir a estos machos cabríos o a estas ovejas que se les parecen, de conducirlos. Es bueno que persigamos la paz con todos los hombres, pero si por el amor de la paz, desconocemos la Palabra y el Espíritu del Señor, es seguro que resultará en un daño más o menos

grande. Es bueno que todos tengan la naturaleza dócil de la oveja, pero es necesario también que las ovejas tengan *carácter*, si no, ellas no pueden ser vencedoras. Si tienen carácter, deben recordar las palabras del Gran Pastor: “Mis ovejas oyen [obedecen] mi voz. . . y me siguen”, “mas al *extraño* no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños” (Juan 10:5, 27). Por lo tanto, es el deber de cada oveja de examinar con cuidado el mensaje y el comportamiento de cada hermano antes de contribuir a ponerlo como superintendente, sea en el terreno local o sea en el terreno general. Primero, las ovejas del Señor deben estar convencidas que él tiene las calificaciones reales de un Anciano en la Iglesia, que es bien fundado en las doctrinas fundamentales del Evangelio: la reconciliación, la redención por la sangre preciosa de Cristo, y la plena consagración a él, a su mensaje, a sus hermanos, en su servicio. Ellas deben ejercer la caridad y la simpatía hacia los más débiles de los corderos y para con todas las ovejas achacosas mentalmente y moralmente, pero harían violencia al arreglo divino en escogerlas para hacer sus guías o ancianos. Ellas no deben sentir ninguna simpatía hacia los machos cabríos, o hacia los lobos en ropa de ovejas que luchan por obtener sitio y autoridad en la Iglesia.

Debemos suponer que la *Ecclesia* es mucho mejor sin servidor público que de tener como guía un “macho cabrío” con lengua de oro, que “no

encaminaría los corazones al amor de Dios”, sino que los seduciría y los conduciría en malos caminos. El Señor advirtió la Iglesia contra tales guías; el Apóstol los describe, diciendo: “Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas [falsas, doctrinas engañosas] para arrastrar tras sí a los discípulos [para arrastrar por astucia tras sí a los discípulos]”. El Apóstol dice que muchos seguirán sus caminos de perdición, y a causa de ellos el camino de la Verdad será blasfemado. —Hechos 20:30; 2 Ped. 2:2.

Es lo que vemos hoy. Muchos predicán a sí mismos más bien de recomendar el Evangelio, las buenas nuevas del Reino; ellos arrastran a discípulos tras sí y en sus denominaciones, en lugar de atraerlos y de unirlos al Señor solamente, como miembros de su cuerpo. Procuran ser jefes de iglesias en lugar de procurar que todos los miembros del cuerpo miren directamente al Señor como la Cabeza. De todos éstos deberíamos apartar la vista: las verdaderas ovejas no deberían animarlos en su mal camino. El Apóstol habla de ellos como los que tienen la apariencia de piedad, pero han negado la eficacia de ella (2 Tim. 3:5). Son partidarios feroces de días, de ritos, de ceremonias, de autoridades eclesiásticas, etc. y son altamente estimados entre los hombres, pero odiosos en los ojos del Señor, dice el Apóstol. Las verdaderas ovejas no sólo deben estar atentas para reconocer la

voz del verdadero Pastor y para seguirle, sino que también ellas deben recordar igualmente que es menester que no sigan, ni apoyen, ni animen a los que, por egoísmo, trabajan por sí mismos. El que la Iglesia considera digno de su confianza para ser un Anciano, ya debería ser suficientemente bien conocido para justificar esta confianza. Es por eso que el Apóstol dice: “No *debe ser* un recién convertido.” Un recién convertido podría hacer daño a la Iglesia y también enorgullecerse y así alejarse del Señor, del buen espíritu y de la senda estrecha que conduce al Reino.

El apóstol Pablo (1 Tim. 3:2; 5:17; 1 Tes. 5:12; Santiago 5:14) da una opinión muy explícita concerniente a aquellos que la Iglesia pudiera bien aceptar como ancianos, describiendo en detalle lo que debería ser su carácter, etc. En su carta a Timoteo respecto a este tema (1 Tim. 3:1-7), él confirma la misma cosa en términos ligeramente diferentes. Dirigiéndose a Tito (Tito 1:5-11) que, evidentemente, era otro superintendente general, él precisa los deberes de los ancianos para con la Iglesia. Sobre el mismo tema, el apóstol Pedro dice: “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos. . . Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella. . . no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.” —1 Ped.

5:1-3.

Deben ser hombres generosos, de vida pura, teniendo sólo una mujer, y si tienen hijos, se debe considerar hasta cuál punto el padre ha ejercido una influencia sana en su propia familia; en efecto, se puede razonablemente creer que si él descuidara sus deberes para con sus hijos, sería probablemente poco sabio y negligente en sus consejos y sus servicios entre los hijos del Señor en la *Ecclesia*, la Iglesia. Él no debe ser trapacista o engañoso, gritón o pendenciero. Él debe tener una buena reputación entre los de la parte exterior: no es que el mundo jamás amaré o apreciará con justicia a los santos, sino que en el sentido que el mundo no pueda criticarlos por algo que sea indigno de su carácter en cuanto a la honradez, a la rectitud, a la moralidad, a la veracidad. No hay ninguna limitación en el número de ancianos en una Iglesia o *Ecclesia*.

Además de las restricciones hechas más arriba, un Anciano debe ser “apto para enseñar”, es decir, que debe ser capaz de enseñar, de explicar, de exponer el plan divino, y así ayudar al rebaño del Señor por la palabra y por la doctrina. No es esencial que el anciano posea el talento o las calificaciones de un “profeta” o un orador público. Puede ser que, en la misma Iglesia, se encuentran varios que tengan la capacidad de instructor, de pastor u otras calificaciones de un Anciano, pero que ninguno de ellos posea aquellas de un orador

público capaz de exponer el plan divino. Debemos confiar en el Señor que puede, si es necesario, levantar a tales servidores, y si no lo haga, es que la *necesidad* no se siente allí. Pudiéramos observar aquí que algunas de las Iglesias, asambleas o congregaciones más prósperas son las donde no hay grandes talentos para hablar en público, y en las cuales, por consiguiente, los estudios de la Biblia son la regla más bien que la excepción. Las Escrituras nos muestran claramente que tal era la costumbre en la Iglesia primitiva también y que, en el momento de las reuniones de sus miembros, una ocasión favorable fue dada para la ejecución de los diversos talentos que poseían diversos miembros del cuerpo: a uno para hablar, a otros para orar, a muchos si no a todos, para cantar. La experiencia parece mostrar que estos grupos del pueblo del Señor que siguen de muy cerca esta regla, reciben más bendiciones y desarrollan caracteres más fuertes. Lo que sólo se oye, tan bien expresado y por muy bueno que sea, no graba en el corazón tan profundamente como si uno ejerce su mente sobre el tema que es seguramente el caso en un estudio bíblico bien conducido en el cual se debe animar a todos los asistentes para tomar parte en él.¹

¹ A los de entre nuestros lectores que comprenden el inglés, aconsejamos el uso de la Biblia comentada [*Berean Bible Teachers' Manual*] con sus referencias a los seis tomos de los *Estudios de las Escrituras*, a los *Reprints* y a los folletos y con un índice temático especial (Tal índice para los 6 tomos debe aparecer después del tomo presente). Ella no sólo les ayudará

Entre los ancianos que no tienen tantas aptitudes para enseñar, algunos en cambio pueden estar completamente en su elemento en las reuniones de oraciones y de testimonios que deben ser una parte importante de las diversas agrupaciones del pueblo del Señor. El que se encuentra poseedor del buen talento de la exhortación, debe ejercer este talento más bien que de dejarlo inactivo tratando de ejercer un talento que no posee a ningún grado especial. El Apóstol dice “Que el que exhorta se ata a la exhortación”, que ejerce su capacidad y sirve en esta dirección donde el que enseña [que tiene tal talento para exponer claramente la Verdad] se ata a su enseñanza.

Lo mismo que el término obispo o superintendente tiene una gran variedad de sentidos, así es con el término pastor. Nadie más que un Anciano es competente para ser un pastor, o un superintendente. Un pastor de un rebaño, es un superintendente del rebaño; ambos términos son prácticamente sinónimos. El Señor Jehová es nuestro Pastor en el sentido más amplio del término (Sal. 23:1), y su Hijo Unigénito, nuestro Señor Jesús, es el gran Pastor y el Obispo (superintendente) de nuestras almas — de todo el rebaño, por todas partes. Los superintendentes y los

eficazmente a progresar en el estudio de la Verdad, sino que también en la aplicación personal de esta Verdad para la edificación de su carácter. —*Trad.*

“Peregrinos” generales son todos pastores, velando por los intereses del rebaño general, y cada Anciano local es un pastor, un superintendente en el terreno local. Procuraremos por lo tanto que los ancianos en la Iglesia posean, en primer lugar, las calificaciones generales apropiadas para su servicio, y en segundo lugar, que sus calificaciones naturales especiales determinan en cuál rama de servicio pueden servir mejor la causa del Señor. Para algunos, será en la obra de evangelización y para otros, será en la obra pastoral entre las ovejas ya evangelizadas, ya en el aprisco: algunos en el terreno local, otros en un campo más vasto.

Leemos: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Tim. 5:17, 18). Apoyándose en estas palabras, la iglesia nominal estableció una clase de Ancianos que dirigen, y reivindicó para cada anciano una posición de decisión o de autoridad si no de dictadura entre los hermanos. Tal definición de “dirigir” está en contra de todo lo que presentan las Escrituras sobre este tema. Timoteo que ocupaba la posición de un superintendente general, recibió del Apóstol la instrucción siguiente: “No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre”, etc. [1 Tim. 5:1]. “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos” [2 Tim. 2:24]. Es cierto que nada aquí sancione una gobernación autocrática, o un comportamiento dictatorial. La

humildad, la dulzura, la longanimidad, el afecto fraternal, el amor, deben ser las calificaciones notables de los que son aceptados como ancianos. Hace falta, en todo caso, que sean ejemplos para el rebaño. Si, por lo tanto, deben ser dominadores, según su ejemplo todo el rebaño debe ser dominador, pero si deben ser humildes, longánimos, pacientes, dulces y afectuosos, entonces todos tomarán ejemplo de ellos. Una traducción más literal del pasaje examinado muestra que significa que el honor debe ser devuelto a los ancianos en la proporción donde manifiestan su fidelidad en las responsabilidades de servicio que aceptaron. Pudiéramos verter el pasaje de la manera siguiente: Que los ancianos eminentes sean considerados dignos de un honor doble, especialmente los que se dan trabajo por la obra pesada de la predicación y de la enseñanza.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de noviembre-diciembre de 2014)